

Por entonces “se bebía cerveza, cerveza y cerveza; después algún refresco de zarzaparrilla y fresa”. No existía la Fanta ni la Coca Cola, y ni siquiera se servían tapas. La cerveza costaba a peseta y después de varios años fue incrementando su precio, aunque tardó mucho tiempo en llegar al doble. Era una época donde la gente “empezaba a beber con el sol en las costillas y terminaba a las tantas de la madrugada”. Recuerda una feria en la que vendió cien barriles de cerveza, muchos de ellos directamente en barra, aunque tenía unas cuarenta mesas y doscientas sillas que había que recoger y guardar en el kiosco, “todavía no sé cómo metíamos todo en ese michinal”.

la subasta del viejo kiosco. La apuesta fue muy fuerte y metieron en el sobre el triple de dinero que los demás, con unas cantidades que rondaban entre las 250.000 y las 300.000 pesetas. Candelillas asegura que incluso el alcalde de entonces les llamó para que renunciaran a una parte del dinero, “nos dijo que era una barbaridad”. Pero querían ese kiosco a toda costa y, por fortuna, la cosa salió bien porque vendieron muchos litros de cerveza, “hubo años que llegamos a despachar 100 cajas de botellines diarios durante toda la feria; eso daba miedo”, reconoce el hostelero.

En todo caso, también recuerda que al principio no había muchos medios, “el hie-

El ambiente continúa

Candelillas tampoco olvida unos años en los que “decía la gente que se estaba muy bien en el parque, pero no venía nadie”. Al respecto, cree que el parque ha vuelto a cambiar, a mejor, y que ahora vuelve a haber más ambiente, “cuanto mejor está el parque más nos favorece, e incluso las actuaciones en la caseta municipal también son buenas para nosotros”.

El kiosco ha pasado de la consumición “a palo seco” a todo lo contrario, porque posiblemente en la actualidad se vende proporcionalmente más comida que bebida. Son minoría los que se sientan para tomarse una o dos cañas, y ya está. Buena parte de culpa la tiene la introducción de la baguette, además de otra serie de montados, sandwiches y bocadillos. En este sentido, Candelillas lo tiene claro, “el 99% de los clientes vienen a cenar”.

Cada varios años vuelve a salir a subasta este kiosco, teniendo en cuenta determinados factores. La temporada se estima en unos cuantos miles de euros, aunque la cifra sea muy distinta del record que llegó a pagar en cierta ocasión como consecuencia de “una guerra por las marcas de cerveza”, en la que desembolsó 800.000 pesetas por temporada. Aquello fue una locura.

Después de un cuarto de siglo al frente del negocio, Bernardino dejó el kiosco, adquiriéndolo en arrendamiento quien todavía lo explota en la actualidad, José Antonio Manzano, conocido popularmente como “Candelillas”.

José Antonio se especializó en la tapa de chipirones. “Una feria”, dice, “vendimos 500 kilos de chipirones, y eso es un disparate”. Hasta tal punto que muchos conocieron su bar en la calle Sagrario, y aún conocen este kiosco, como “el Chipirón”.

El parque también ha cambiado considerablemente, si bien hay cosas que perduran. Entonces no había césped, ni riego, ni nada por el estilo, aunque los paseos eran los mismos, incluso la fuente también se mantiene. Bernardino también recuerda con cierta nostalgia aquellas sesiones musicales de la banda municipal de música, “que también atraía algunos clientes”.

Cambio de inquilino

Después de un cuarto de siglo al frente del negocio, Bernardino dejó el kiosco, y poco después lo adquirió en arrendamiento quien todavía lo explota en la actualidad. Camino de los 30 veranos ininterrumpidos, y con la inestimable ayuda de su familia, José Antonio Manzano, conocido popularmente como “Candelillas”, ocupa ahora la histórica caseta.

Estaba recién llegado de la “mili”. Eran principios de los años ochenta y decide junto a su amigo Antonio presentarse a

lo había que picarlo, la cocina que hubo después estaba instalada al aire encima de unas cajas vacías...”. Hasta que el Ayuntamiento decidió volver a ampliar el kiosco. Fue por entonces cuando los establecimientos hosteleros comienzan a introducir las tapas calientes, y José Antonio se especializa en la tapa de chipirones. “Una feria vendimos 500 kilos de chipirones, y eso es un disparate teniendo en cuenta que antes de freírlos había que limpiarlos”. Hasta tal punto que muchos conocieron su bar en la calle Sagrario y aún conocen este kiosco como “el Chipirón”

Durante otras épocas acudían al bar muchas cuadrillas que tenían por costumbre pagar una ronda por cabeza, lo que significaba grandes ventas y, por tanto, buen negocio. Las mañanas de los domingos también tenían bastante tirón, “antes de comer ya habíamos vaciado por lo menos tres barriles”. Ahora, por la mañana ya no se abre la barra al público, “los tiempos han cambiado y también se trasnocha más”.

Referente del ocio veraniego

Los tiempos cambian, la vida pasa y las costumbres varían. Sin embargo, el kiosco central del parque municipal sigue perenne en su lugar de siempre. Forma parte del paisaje y se ha convertido en el gran emblema de las noches de terrazas veraniegas en nuestro parque municipal. Es verdad que ha modificado su arquitectura, con diversas ampliaciones y modernizaciones, pero no ha cambiado su ubicación, privilegiada antes y también ahora, y siempre un referente para el ocio estival de los solaneros y las solaneras. Sólo por sus años de historia, hay cosas que merece la pena conservar, y el kiosco central del parque es un buen ejemplo.